

[Sobre la guerra chino-japonesa]

León Trotsky

23 de septiembre de 1937

(Tomado de *La segunda revolución china (notas y escritos de 1919 a 1938)*, Editorial Pluma, Bogotá, 1976, páginas 163.169. Carta al pintor Diego Rivera.)

Estimado camarada Diego Rivera:

En los últimos días he leído algunas de las elucubraciones de los oehleristas y eiffelistas (¡sí, hay una tendencia de ese tipo!) sobre la guerra civil española y la guerra chino-japonesa. Lenin calificó las ideas de esta gente de “enfermedades infantiles”. Un niño enfermo despierta simpatías, Pero han pasado 20 años. Los niños se han vuelto barbudos e inclusive calvos. Pero no han cesado en su cháchara infantil. Por el contrario, han decuplicado sus errores y su necedad, y les han añadido la ignominia. Nos siguen paso a paso. Toman algunos elementos de nuestro análisis. Distorsionan esos elementos sin miramientos y los contraponen a los demás. Nos corrigen. Cuando dibujamos una figura humana la deforman. Cuando es una mujer, le agregan grandes bigotes. Cuando es un gallo, agregan un huevo. Y a esta caricatura le ponen el nombre de marxismo y leninismo.

En esta carta sólo quiero detenerme en la guerra chino-japonesa. En mi declaración a la prensa burguesa dije que todas las organizaciones obreras chinas tienen el deber de participar activamente en primera línea en la guerra contra Japón, sin abandonar por un instante su programa y actividad independientes. ¡Pero eso es “socialpatriotismo”!, claman los eiffelistas. ¡Es capitular ante Chiang Kai-shek! ¡Es abandonar el principio de la lucha de clases! El bolchevismo predicó el derrotismo revolucionario durante la guerra imperialista. Ahora bien, tanto la guerra española como la guerra chino-japonesa son guerras imperialistas. “Nuestra posición acerca de la guerra en China es la misma. La única salvación de los obreros y campesinos chinos está en la lucha independiente contra los dos ejércitos, el chino al igual que el japonés.” Estas cuatro frases, tomadas de un documento eiffelista del 10 de setiembre de 1937 nos bastan para afirmar: aquí estamos tratando con verdaderos traidores o con imbéciles totales. Pero la imbecilidad elevada a tamaña potencia equivale a la traición.

No colocamos ni jamás lo hemos hecho a todas las guerras en el mismo plano. Marx y Engels apoyaron la lucha revolucionaria de los irlandeses contra Gran Bretaña, la de los polacos contra el zar, aunque en ambas guerras los dirigentes eran, en su mayor parte, miembros de la burguesía y aun a veces de la aristocracia feudal... en todo caso, católicos reaccionarios. Cuando Abd-el Krim se levantó contra Francia, los demócratas y socialdemócratas hablaron con odio de la lucha del “tirano salvaje” contra la “democracia”. El partido de León Blum apoyó este punto de vista. Pero nosotros, marxistas y bolcheviques, consideramos la lucha del Riff contra la dominación imperialista una guerra progresiva. Lenin dedicó cientos de páginas a demostrar la necesidad básica de hacer la distinción entre naciones imperialistas y naciones coloniales y semicoloniales, que comprenden a la gran mayoría de la humanidad. Hablar de “derrotismo revolucionario” en general, sin distinguir entre países explotadores y

explotados, es hacer una caricatura miserable del bolchevismo y poner esa caricatura al servicio del imperialismo.

Lejano Oriente nos proporciona un ejemplo clásico. China es un país semicolonial al que Japón está transformando, ante nuestros propios ojos, en país colonial. La lucha de Japón es imperialista y reaccionaria. La lucha de China es emancipadora y progresiva.

Pero, ¿y Chiang Kai-shek? No tenemos que hacernos ilusiones con Chiang Kai-shek, su partido y toda la clase dominante china así como Marx y Engels no se las hicieron con las clases dominantes de Irlanda y Polonia. Chiang Kai-shek es el verdugo de los obreros y campesinos chinos. Pero hoy se ve obligado, contra su voluntad, a luchar contra Japón por lo que resta de la independencia china. Puede que mañana vuelva a traicionar. Es posible. Es probable. Hasta es inevitable. Pero hoy está luchando. Sólo los cobardes, imbéciles totales o canallas, pueden negarse a participar en esa lucha.

Utilicemos el ejemplo de una huelga para clarificar el problema. No apoyamos todas las huelgas. Si alguien llama a la huelga para echar a los obreros negros, chinos o japoneses, de una fábrica, nos oponemos. Pero si el objetivo de la huelga es mejorar (en la medida de lo posible) la situación de los obreros, participamos en primera fila cualquiera que sea la dirección. En la inmensa mayoría de las huelgas, los dirigentes son reformistas, traidores profesionales, agentes del capital. Se oponen a todas las huelgas. Pero de vez en cuando la presión de las masas o de la situación objetiva los obliga a embarcarse en el camino de la lucha. Imaginemos por un momento a un obrero que se dice: “No quiero tomar parte en esta huelga porque los dirigentes son agentes del capital”. La doctrina de ese imbécil ultraizquierdista serviría para darle su verdadero nombre: rompehuelgas. Desde este punto de vista, el caso de la guerra chino-japonesa es enteramente análogo. Si Japón es un país imperialista, y si China es víctima del imperialismo, estamos a favor de China. El patriotismo japonés es la máscara odiosa del pillaje mundial. El patriotismo chino es legítimo y progresista. Colocar a ambos en el mismo plano y hablar de “socialpatriotismo” es patrimonio de quienes jamás han leído a Lenin, jamás han entendido la posición de los bolcheviques en la guerra imperialista, y que sólo pueden vender y prostituir las enseñanzas de Marx. Los eiffelistas han oído que los socialpatriotas acusan a los internacionalistas de ser agentes del enemigo y nos dicen: “Ustedes hacen lo mismo”. En una guerra entre países imperialistas, no se trata de democracia ni independencia nacional, sino de la opresión de pueblos atrasados no imperialistas. En esa guerra, ambos países se encuentran en el mismo, plano histórico. Los revolucionarios de ambos ejércitos son derrotistas. Pero Japón y China no están en el mismo plano histórico. La victoria de Japón significará la esclavización de China, el fin de su desarrollo económico y social, y un tremendo fortalecimiento del imperialismo japonés. La victoria de China significará, por el contrario, la revolución social en Japón y el desarrollo libre, es decir, sin opresión externa, de la lucha de clases china.

¿Pero puede Chiang Kai-shek garantizar la victoria? No lo creo. Sin embargo, él inició la guerra y él la dirige hoy. Para reemplazarlo es necesario ganar una influencia decisiva en el proletariado y el ejército, y para ello es menester no quedar suspendido en el aire, sino meterse en la lucha. Debemos ganar prestigio e influencia en la lucha *militar* contra la invasión extranjera y en la lucha *política* contra las debilidades, las deficiencias y la traición internas. En cierto momento, que no podemos fijar *a priori*, esta oposición política puede y debe transformarse en conflicto armado, puesto que la guerra civil, como cualquier otra guerra, no es más que la continuación de la lucha política. Es necesario, empero, saber cuándo y cómo transformar la oposición política en insurrección armada.

Durante la revolución china de 1925-1927 atacamos la política de la Comintern. ¿Por qué? Es necesario comprender bien las razones. Los eiffelistas dicen que hemos cambiado de actitud en la cuestión china. Eso se debe a que los infelices no comprendieron para nada cuál fue nuestra posición en 1925-1927. Jamás negamos que el partido comunista tenía el deber de participar en la guerra de la burguesía y la pequeña burguesía del sur contra los generales del norte, agentes del imperialismo foráneo. Jamás negamos la necesidad de un bloque militar del partido comunista y el Kuomintang. Por el contrario, fuimos los primeros en proponerlo. Exigimos, sin embargo, que el partido comunista mantuviera su independencia política y organizativa, es decir, que tanto en la guerra civil contra los agentes locales del imperialismo como en la guerra nacional contra el imperialismo, la clase obrera, a la vez que permanecía en el frente de la lucha *militar*, preparara él derrocamiento *político* de la burguesía. Mantenemos la misma política en esta guerra. No cambiamos un ápice nuestra posición. Los oehleristas y eiffelistas, por su parte, no entendieron nada, de nuestra política, ni de la de 1925-1927, ni de la actual.

En mi declaración a la prensa burguesa al comienzo de la actual guerra entre Tokio y Nankín, subrayé sobre todo la necesidad de que los obreros revolucionarios participen activamente en la guerra contra los opresores imperialistas. ¿Por qué? Primero, porque es correcto desde el punto de vista marxista; segundo, porque era necesario desde el punto de vista de la situación de nuestros amigos chinos. Mañana la GPU, aliada al Kuomintang (como se alió a Negrín en España), calificará a nuestros amigos chinos de “derrotistas” y agentes de Japón. Es posible que los mejores, con Chen Tu-hsiu a la cabeza, se vean en un compromiso nacional e internacional y los asesinen. Era necesario aclarar enérgicamente que la Cuarta Internacional abraza la causa de China contra Japón. Y agregué: *sin abandonar el programa ni la independencia*.

Los imbéciles eiffelistas tratan de bromear con esta “reserva”. “Los trotskistas [dicen] quieren servir a Chiang Kai-shek en la acción y al proletariado en las palabras.” Participar activa y conscientemente en la guerra no significa “servir a Chiang Kai-shek” sino servir a la independencia del país colonial a pesar de Chiang Kai-shek. Y las palabras dirigidas contra el Kuomintang son los medios para educar a las masas para el derrocamiento de Chiang Kai-shek. Al participar en la lucha *militar* bajo las órdenes de Chiang Kai-shek, puesto que desgraciadamente él tiene el mando de la guerra por la independencia, nos preparamos *políticamente* para el derrocamiento de Chiang Kai-shek esa es la única política revolucionaria. Los eiffelistas contraponen la política “de lucha de clases”, a esta política “nacionalista y socialpatriota”. Lenin combatió esta oposición abstracta y estéril durante toda su vida. Para él, los intereses del proletariado mundial dictaban el deber de ayudar a los pueblos oprimidos en su lucha nacional y patriótica contra el imperialismo. Quienes no lo hayan comprendido aún, casi un cuarto de siglo después de la guerra imperialista y veinte años después de la Revolución de Octubre, deben ser rechazados implacablemente por la vanguardia revolucionaria como los peores enemigos internos. ¡Este es el caso de Eiffel y sus compinches!

León Trotsky

Edicions internacionals Sedov



germinal_1917@yahoo.es